

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II
NUM 90

40 Cents.

7 NOVIEMBRE
1926



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAÍSES AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



**PROGRAMA
PARA HOY**

**UNA EXTRAÑA
LLAMADA**

Sensacional

GRAN CINE



Una visita.

En la oficina de Paddy O'Darrell, situada en Bolt Court, reinaba el mayor silencio. A pesar de que el detective no tenía ningún asunto por el momento, hallábase muy ocupado porque no acostumbraba él a perder el tiempo. Con toda precisión iba anotando en su diario todos los pormenores de su último encuentro con un malhechor, el mayor que había conocido, pues a veces los detalles de asuntos pasados le eran de gran utilidad.

Su ayudante, Bob Emiths, sentado ante una mesa, ocupábase en armar el aparato de radiotelefonía, que acababa de desarmar por completo. Vino a sacarle de su ensimismamiento el hocio frío de su compañero *Trailer*, el sabueso, que le miraba como preguntándole: «¿No te puedo ayudar en algo?».

—No hay nada que hacer aquí para ti, amigo; esto no es de tu ramo. Y eso que voy a ver si te enseño a encontrar la pista de estos accesorios, a ver si eres capaz de llevar cada uno a su sitio...

El timbre del teléfono sonó con insistencia, y Bob se levantó para contestar.

—¿Es la oficina de Paddy O'Darrell? —preguntó una voz de hombre.

—Sí, señor. ¿Quién llama?

—Eso es lo de menos. Si está ahí O'Darrell dígame que deseo hablarle.

—Le llaman al teléfono, Jefe —dijo Bob yendo hacia la mesa de Paddy.

—¿Quién llama?

—¿Es O'Darrell el que está al aparato? ¿Quiere usted hacer el favor de venir en seguida al castillo de Melford...? Está a punto de cometerse un robo en el castillo de Melford. Venga usted en seguida si puede.

—¿Es un robo de importancia? —preguntó Paddy, tomando notas en su cuaderno.

—No lo sé todavía. ¿Vendrá usted pronto?

—Sí; estaré ahí esta tarde al oscurecer, en automóvil o en tren, lo que sea más rápido. ¿Quién es el que habla?

La persona que estaba hablando cortó la comunicación y Paddy quedóse un momento pensativo.

—Me parece reconocer esa voz; pero no puedo saber de qué la conozco ni de donde.

—La misma impresión he recibido yo, Jefe. Estoy seguro de que he oído hablar a ese individuo en alguna parte; pero tampoco puedo recordar donde.

—Nos llaman al castillo de Melford, donde dicen que va a cometerse un robo. Mira la guía de ferrocarriles.

Mientras buscaba la guía, el muchacho dirigió una mirada lastimera al aparato de radio y murmuró: «Tendré que dejarle hasta que terminemos este asunto».

Consultada la guía, vieron que era más rápido ir por carretera que por ferrocarril, y antes de un minuto ya iba Paddy conduciendo su coche de seis cilindros por las calles atestadas de gente. A su lado iba Bob, y tumbado en el suelo del coche, *Trailer* miraba solemnemente a su alrededor.

Pasaron por el pueblo de Melford ya oscurecido, y a los dos kilómetros del pueblo el automóvil se metió por una carretera particular, muy bien cuidada, que los llevó ante una magnífica residencia. Era el castillo de Melford, edificio que contaba varios siglos, de aspecto señorial y majestuoso. Detúvose el automóvil junto a la puerta principal; Paddy ordenó a Bob que se quedase en él y entró en el vestíbulo, haciéndose anunciar por un criado.

El detective fué introducido en un salón grande y lujoso, en el que estaba sentado el propio lord Melford, un caballero de pelo blanco y aspecto distinguido. Lord Melford saludó al detective con una sonrisa y preguntó:

—¿A qué debo el placer de esta visita?

Paddy quedóse sorprendido y contestó:

—Ha sido usted mismo quien me ha llamado si no me engaño.

Lord Melford quedóse también asombrado, y replicó:

—Me parece que se equivoca usted, Mr. O'Darrell; yo no le he enviado a llamar a usted.

—Entonces alguien lo ha hecho en su nombre — insistió el detective.

—Pues le aseguro que no estoy enterado de nada. ¿Y el que le llamó a usted le dijo para qué lo quería yo?

—Sí, señor; me dijo que iba a cometerse un robo en el castillo de Melford y que viniera para acá en seguida.

—Pues bien; insisto en que desde hace diez años que vivo

en esta casa no ha habido ningún robo ni sé que se vaya a cometer ninguno.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono y lord Melford cogió el receptor; luego se lo dió a Paddy, diciéndole secamente:

—Es a usted a quien llaman, Mr. O'Darrell.

Un tanto desconcertado ya, el detective cogió el auricular y reconoció en seguida la misma voz que lo habían llamado por la mañana a la oficina; la voz preguntó:

—¿Hablo con Paddy O'Darrell?

—¡Sí, señor!

—¿Está usted en el castillo de Melford?

—Sí, aquí estoy; pero en el castillo no ha ocurrido ningún robo.

—Todavía no; pero ocurrirá.

Paddy se dió cuenta de que aquello era algo más que una broma, y preguntó:

—¿Qué es lo que quiere usted decir? ¡Explíquese usted!

—Quiero decir, señor «hábil», que le he hecho a usted ir ahí para demostrarle que es usted un idiota, pues esta noche voy a robar en el castillo delante de sus propias narices. ¡Y si no, quédese usted y lo verá!

Cesaron de hablar y Paddy comprendió que habían cortado la comunicación. Lord Melford le miraba con curiosidad y preguntó:

—¿Qué es lo que pasa, señor detective?

—Pues que no sé si acabo de hablar con un loco o con un hombre de cara muy dura. De cualquiera de las dos maneras, es el mismo que me ha llamado esta mañana y me ha hecho venir aquí, e insiste en que se va a cometer un robo esta noche en el castillo...

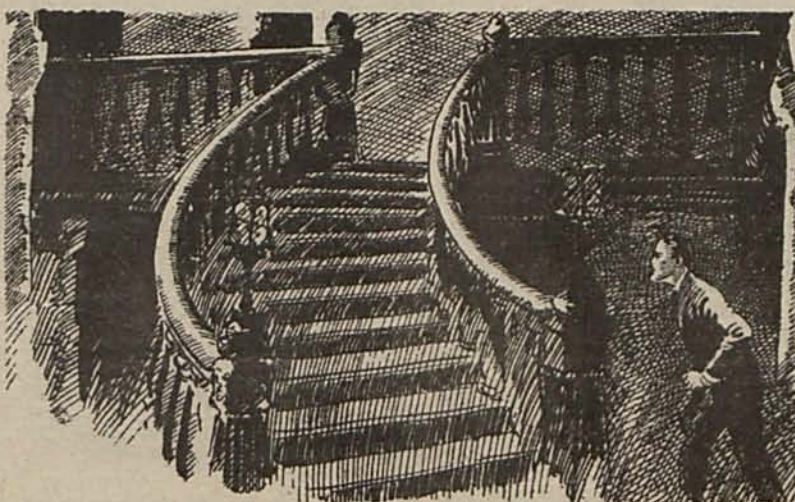
—¡Un robo! —interrumpió lord Melford.

—Espere usted un momento y me explicaré. Algún bribón que indudablemente quiere vengarse de mí por algún antiguo rencor, se ha propuesto asaltar esta casa y cometer un robo mientras yo esté aquí para hacerme quedar por imbécil.

—¡El muy granuja! —balbuceó lord Melford.

—Sí, señor; más que granuja. ¿Y qué piensa usted hacer? Yo le aconsejo que llame usted a la policía, pues esta amenaza no es una simple broma.

—Lo que no sé es por qué el pillo ese ha escogido precisamente en mi casa para vengarse de usted y demostrarle su habilidad. Pero tendré verdadero gusto en que se quede usted aquí para capturarlo cuando intente asaltar la casa.





—Está bien, lord Melford, y haré lo posible por que así sea. Tengo esperanza de que la amenaza no se lleve a cabo: pero creo que vamos a encontrarnos frente a un pillo osado y hábil.

Después de hablar un rato, lord Melford dió orden a los criados que dejaran al detective y a su ayudante andar por todos los rincones de la casa.

Y Paddy, sin perder tiempo, empezó a examinar todas las ventanas para ver si había posibilidad de que entrase por ellas un ladrón. Aunque ninguna tenía cierres que pudiesen abrirse fácilmente, Paddy estaba convencido de que el ladrón no habría anunciado su propósito de asaltar la casa si no tuviesen ya bien preparado el plan. Por la noche, los criados y lord Melford retiráronse a descansar como siempre, y la casa quedó envuelta en el mayor silencio y oscuridad.

—Ahora, Bob —dijo Paddy—, yo voy a quedarme dentro de casa para ejercer una estrecha vigilancia, y si alguien entra, tendrá que habérselas conmigo. Tú y *Trailer* os quedareis en el jardín vigilando y procurando estar siempre bien escondidos. Si alguno anda rondando, pronto te avisará *Trailer*.

Salieron Bob y *Trailer* por una puerta de servicio, perdiéndose entre la oscuridad del jardín. Paddy lo cerró bien todo y empezó su vigilancia por los pasillos y escaleras de la casa.

La sorpresa del detective.

Quedóse un buen rato apoyado contra la barandilla de la escalera escuchando y en acecho, pero no percibió más ruido que el solemne tic-tac del enorme reloj que estaba en el *hall*. Después anduvo silenciosamente de un pasillo a otro, subiendo y bajando escaleras sin oír mas ruido que el del reloj, que continuaba dando y repitiendo las horas y las medias horas, y así pasó el tiempo hasta la una de la madrugada. Aquella vigilia era una de las más cansadas y aburridas que Paddy había pasado en su vida detectivesca. Estaba convencido de que si alguien entraba en la casa lo sentiría, por muy poco ruido que hiciera. Además, fuera vigilaban Bob y el sabueso, y si algo sospechoso veían, Bob daría la voz de alarma con un silbido.

De pronto se oyó un débil ruido y Paddy se sobresaltó. Una especie de instinto le avisaba que empezaba el desafío. El ruido parecía provenir de la biblioteca, cuya puerta estaba cerrada por fuera. El detective dió vuelta a la llave con toda su sangre fría, abrió la puerta, encendiendo al mismo tiempo la luz eléctrica. Paddy recorrió todo el departamento de una rápida mirada. Allí no había más persona que él, y la ventana estaba cerrada con cerrojo tal como él la dejara. El silencio era profundo y el detective notó que en el centro de la repisa de la chimenea había desaparecido una copa de oro y en lugar de ella estaba ahora un papel escrito; una sonrisa de despecho se pintó en sus labios al leer lo siguiente:

«O'Darrell: He ganado la partida; pues acabo de robar en tus narices. No tengo tiempo a esperar para oír a lord Melford llamarte bruto. ¡Adiós, hábil detective!

Gilthroe.»

—¡Gilthroe! ¡Ya me parecía a mí que conocía la voz! ¿De modo que pretendes volver a la cárcel, eh?

Paddy había capturado a Gilthroe hacía algún tiempo por cometer un robo y acababa de salir de la cárcel. Pero el cómo había entrado en la biblioteca, era un verdadero enigma.

A Bob y a *Trailer* no les resultaba la guardia tan cansada en el jardín, pues andaban sin cesar de un lado para otro y Bob se arrastraba de rodillas por entre todos los arbustos y macizos. *Trailer*, aunque parecía sorprendido de la manera de andar de su amo, estaba a la expectativa. De pronto oyeron ruido entre las ramas y pusieron alerta. De entre las sombras emergió la silueta de un hombre que corría hacia la pared que confinaba la finca con la carretera. Al pasar por junto

a Bob, éste encendió la linterna eléctrica y los rayos de luz dejaron ver un hombre que llevaba en la mano derecha una copa de oro.

—¡Gilthroe! —exclamó Bob.

El ladrón, al verse descubierto, echó a correr y Bob fue detrás para ver si podía impedir que saltase a la carretera.

—¡Ala, *Trailer*! —gritó, tocando a la vez un silbato.

Gilthroe, viendo que no podía saltar, retrocedió. Arrojóse sobre él Bob; pero el ladrón le dió con la copa de oro en la frente y el muchacho cayó al suelo sin sentido. Gilthroe siguió corriendo a gran velocidad y al llegar bajo una encina muy grande, dió un salto y se agarró a una rama, a tiempo para librarse de las mandíbulas de *Trailer*, que hacía resonar el aire con sus alborotados ladridos.

Bob ya se había incorporado cuando llegó Paddy.

—¿Qué te pasa, Bob, estás herido?

—No, señor; ya estoy bien. Vi un hombre corriendo y... era Gilthroe.

—¡Ya lo sé!

—Llevaba un florero o algo así en la mano y me dió con él en la frente... No puedo saber en qué dirección huyó.

—Pero lo sabe *Trailer*; miralo, está ladrando enfrente de esa encina como si quisiera subirse a ella.

Y Paddy se apresuró a encaramarse al árbol. Con la linterna eléctrica vió que el tronco del árbol estaba hueco y que dentro tenía una escalera de hierro.

—Debe de haber un túnel secreto que va desde aquí hasta la casa y Gilthroe debía de conocerlo.

No es extraño entonces de que él tuviera tanta seguridad de poder entrar y salir del castillo sin ser visto —pensó Paddy, ocurriéndosele también que el ladrón indudablemente estaría abajo esperando la oportunidad de huir. Y quién sabe si hasta habría tenido la osadía de volver a la casa para escapar por allí.

—Esperaremos aquí que Gilthroe salga, y entonces el perro se encargará de cogerlo —dijo éste en voz alta, y después echó a correr hacia la ventana de la biblioteca.

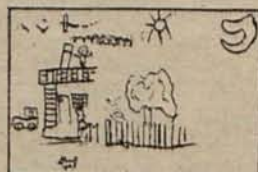
Al saltar a ella vió a lord Melford que venía atraído por el ruido. El detective le hizo seña de que se callara y apagó las luces. Quedáronse los dos en la oscuridad y siguió un minuto de ansiedad. En seguida se oyó un clic; luego el respirar de una persona fatigada. Paddy encendió la linterna eléctrica y el círculo de luz que arrojó ésta dejó ver a un hombre por una abertura hecha en la pared al lado de la chimenea y llevando una copa de oro en la mano. Antes de que Gilthroe tuviera tiempo a darse cuenta de la situación, se encontró tirado en el suelo y con las muñecas atadas a la espalda.

—¡Maldito detective! ¡Crei que estabas todavía esperándome junto al árbol.

—¡Ah! ¡Es que quizá sea yo tan hábil como tú! —replicó el detective volviendo a colocar la copa de oro encima de la chimenea—. ¡Me parece que por esta vez he ganado yo, señor Gilthroe!



Mi amigo Pinocho,
MANUEL MATZ.
Once años. Cartagena.



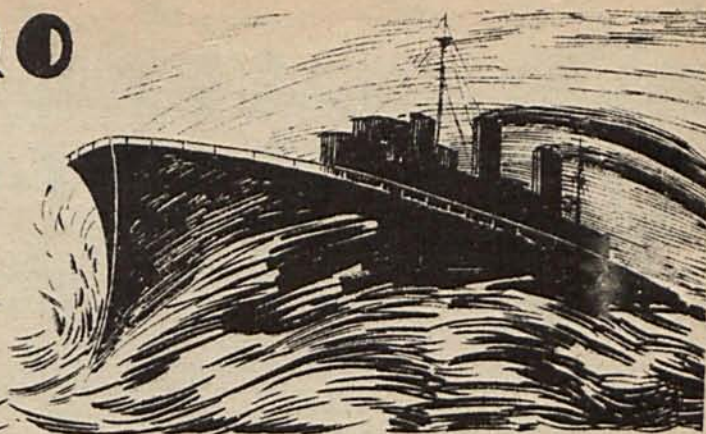
La casa de Pinocho.
GUSTAVO AMADEO.
Buenos Aires.



Mi amiga Pilar.
L. CASARES.
Madrid.

EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación.)

—Pensar que hubiera hecho de aquella mala bestia mi capitán de armamento —decía, acariciándose frenéticamente con los dedos, temblorosos por la indignación, las dos largas patillas—. Apostaría a que cuando se lo estaba anunciando, el bribón tenía ya en el bolsillo mis cien mil francos.

Fiaos de la gente de bien.

Sola contra todos, su hija, miss Polly, negábase a creer que Alberto fuese culpable.

—Es imposible que él haya cometido un robo —gritaba, con encantadora fiera—. Esto es un misterio que ha de aclararse. Alguien ha querido vengarse de él y arruinarle; esa es la verdad.

Estas palabras, pronunciadas por su pequeña boca color de rosa, hacían sonreír a quien las oía.

Todos afirmaban que miss Polly, que era una bellísima joven, con sus floridos diez y ocho años, sus cabellos de oro y su personal arrojo, un tanto temerario, no había parecido nunca tan fascinadora como en aquel momento de amorosa indignación.

A pesar de todo esto, ahí estaban las pruebas, que eran terribles: para destruirlas no bastaban platónicas afirmaciones, sino que eran precisas otras pruebas más convincentes, y el acusado no las pudo dar.

Protestó de su inocencia ante los jueces durante el proceso, intentando persuadirlos con la fuerza de aquel acento que brota del corazón y de la conciencia.

Los jueces se encogieron de hombros.

Si hubiese de conceder crédito a todas las protestas de inocencia, preciso sería derribar las cárceles: no se ha dado aún el caso de encontrar un reo tan imbécil o tan sinceramente arrepentido, que confiese su propia culpa.

Alberto Wendover fué condenado a ocho años de prisión, más que por la importancia del hurto, por el principio moral de que no se debe corresponder con ingratitud a los beneficios que se reciben.

¡En Inglaterra, los jueces son muy sabios!

III

EL CLUB DE LOS PENIANOS

¿Era verdaderamente culpable Alberto Wendover?

Solamente él lo sabía con certeza: para la justicia humana y para el público existía el convencimiento de las pruebas halladas, y eso debía bastarles.

Los primeros días de prisión fueron terribles para el infeliz joven: contemplaba, con ojos aterrados, el presente, y medía, con gran desesperación, el indefinido porvenir.

Toda su vida estaba deshecha; todas sus esperanzas, sus sueños, sus propósitos habían sido desparramados, reducidos a la nada, casi materialmente pulverizados por el tremendo choque de aquella desgracia, por el peso aplastante de aquella deshonra.

Primero, lloró, suplicó, esperó un milagro; luego, decidió suicidarse, y, al fin, se reconcentró en sí mismo, se encerró en una profunda meditación y terminó por resignarse con su suerte.

En esta última fase de su dolor, común por lo general a la mayor parte de los reclusos, Alberto Wendover, poco a poco, fue encontrando la calma relativa que le era tan necesaria para recoger sus ideas, contemplar con vista más clara el profundo abismo en que había sido lanzado e indagar la verdadera causa de su enorme desgracia.

Era inocente; no había cometido el hurto que se le imputaba: era, pues, víctima de una maquinación infernal, urdida con insuperable habilidad por alguien que tenía interés, por cualquier motivo que fuese, en herirle y anonadarle.

¿Quién era este?... ¿Quién era el autor de la diabólica trama?

Alberto Wendover trajo a su mente todos los sucesos de

su vida, en los cuales hubiese podido, por su carácter vivo y un poco autoritario, acarrear alguna enemistad, y no encontró, para justificar resentimiento alguno, y menos aún un odio implacable, sino la disputa sostenida con el capitán Jaime Davy.

¿Sería éste el autor?

Al principio alejó de sí, horrorizado, tal hipótesis; después reflexionó sobre ella con más detenimiento: recordó que Jaime Davy estaba presente cuando el armador guardó en su escritorio los dos fajos de billetes; pensó que podía tener interés en alejarle de la casa Lobster, a fin de alcanzar el puesto que le había prometido el armador..., y un rugido como de fiera herida escapó de su garganta.

—¡Ay de él! —rugió en un arranque de furia, con los puños cerrados y extendidos en actitud amenazadora—. ¡Ay de él...; preciso será que viva para vengarme!

Desde el día que hizo este terrible propósito, su vida cambió totalmente. Hasta entonces había sido uno de los reclusos más intratables, volviéndose de una docilidad tan ejemplar, que el director de la prisión, para premiarle por aquella conducta inesperada, le dió un compañero de celda y de paseo.

Era un ladrón profesional: un jovencito de veinticinco años, que ejercía desde los quince.

El primer impulso de Alberto Wendover hacia tan extraña compañía, tan generosamente otorgada por el director, fué de repugnancia, e inmediatamente pensó en solicitar se le concediese permanecer solo como hasta entonces; pero una curiosa idea le detuvo.

La idea era ésta: los ladrones son astutos y tienen en reserva algún plan de fuga siempre que van a ser encerrados en el presidio; luego el bribón podía serle útil.

Fijo en este interesado concepto, Alberto miró con mejores ojos a su compañero de pena, y hasta experimentó, en cuanto a lo físico, entendiéndose bien, una impresión bastante agradable.

El pijo tenía un aspecto de esos que muestran, a primera vista, la agilidad y el atrevimiento mezclados con la desvergüenza y la malicia: era delgado, bajo, con una musculatura que parecía formada de cuerdas de acero, cara pálida, no falta de distinción, un poco burlona y agujereada por dos ojos negros, penetrantes e impertinentes.

Durante los dos primeros días que estuvieron juntos, Alberto no le devolvió nunca la palabra.

Al tercero, habiendo roto el ladrón, por inadvertencia, un jarro lleno de agua, ofrecióle el propio.

Esto sirvió para romper el hielo.

—Gracias, señor... ¿Cómo os llamáis? —dijo el ladrón.

—Alberto Wendover. ¿Y vos?

—Mop.

—¿Mop?

—Sí.

—Mop no es nombre propio.

—Tanto peor para los nombres propios —respondió el tunante sonriendo—. No me conozco otro.

—¿No tenéis familia?

—No; he nacido... de mí mismo.

Alberto se echó a reír, luego prosiguió:

—¿Por qué os encontráis aquí?

—Por lo mismo que vos, amigo mío.

—¿Cómo?

—He robado, me han prendido y me han condenado.

—Yo, en cambio, no he cometido delito ninguno.

—¿En...? —dijo el ladrón guiñando los ojos y acriando la boca—. ¿Sois inocente? Ya comprendo: es la primera vez y usáis el sistema acostumbrado... el que usáis ya cuando era novicio. Ya veis, amigo mío, todos nosotros al primer golpe desgraciado sentimos la necesidad de proclamarnos inocentes, proclamación, sin embargo, que a nadie convence. Luego, va criamos concha y... sentamos plaza.

(Continuará en el número próximo.)



CHAUDAR EL PESCADOR

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—¿No te dije que no hicieras nada en contra de mis indicaciones? Me has perjudicado a mí y a ti también. Ahora debes quedarte conmigo hasta que pase un año, para volver tal día como hoy.

Llamó el magrebi a los esclavos, quitaron la tienda y la cargaron, y al instante trajeron dos mulas; montados en ellas, volvieron a la ciudad de Fez.

En casa de Abdessamad pasó Chaudar otro año, comiendo y bebiendo y vistiendo lujosamente. Cuando llegó el momento, el magrebi le dijo:

—Hoy es el día señalado: vente conmigo.

Y salieron a las afueras de la ciudad, donde los esclavos les tenían preparadas las mulas, que los trasladaron a las orillas del río consabido. Los sirvientes levantaron la tienda, la cubrieron con una alfombra. El magrebi y Chaudar cenaron. Después aquél dispuso la caña y las tablitas, igual que la otra vez; encendió el fuego, preparó el incienso, y dijo:

—¡Oh Chaudar, deseo repetirte mi encargo!

—Señor peregrino —contestó—, si hubiese olvidado la paliza, habría olvidado el encargo.

—¿Te acuerdas de él?

—Sí, me acuerdo.

—Pues fíjate bien —le dijo el magrebi— y no creas que la mujer que se te aparezca es tu madre, sino un espectro con su forma. Y ten en cuenta que si la primera vez saliste con vida, en ésta, si fracasaras, te matarán, y a mí luego me quemarán vivo.

Puso el magrebi incienso en el fuego y empezó a recitar los conjuros. Chaudar llamó a la puerta, venció los seis encantamientos, y cuando llegó al espectro, que tomaba la figura de su madre, supo resistir sus halagos y caricias, y la vió caída a sus pies, como un cuerpo sin alma.

Entró en el tesoro, y despreciando los montones de dinero, se fué a la tribuna, donde vió al mago Axxamardal, dormido, con el sable a su costado, el anillo en su dedo y el vaso de *kohol* en su pecho, y encima de su cabeza la esfera celeste. Cogió Chaudar los cuatro talismanes y salió: en aquel momento una música empezó a tocar en su honor, y los servidores del tesoro gritaban:

—¡Que te haga feliz lo que te ha sido dado, oh Chaudar!

La música no cesó de sonar hasta que Chaudar salió del tesoro y llegó a presencia del magrebi. Cesó éste en sus conjuros y fumigaciones, y, levantándose, abrazó a Chaudar y lo saludó y recibió de sus manos los cuatro talismanes. Los esclavos, a una voz de Abdessamad, levantaron la tienda y la plegaron; y, montados en sus mulas, entraron en Fez el mago y su ayudante. La alforja mágica proveyó una buena comida, según costumbre.

Pasados algunos días, el magrebi dijo a Chaudar:

—Tú has abandonado tu tierra y familia por mi causa, y has cumplido el encargo que yo te di; has adquirido por esto el derecho de poder exigir de mí lo que te plazca: pide, que Dios (jensalzad sea!) te concederá lo que pidas y yo seré la causa. Pide, exige, no te dé vergüenza, porque tienes perfecto derecho.

—Señor —contestó Chaudar—, deseo de Dios y de ti que me des esta alforja mágica.

—Tómala —le dijo—, tuya es. Y si deseas alguna otra cosa, dílo. Pero, infeliz, con esto no puedes proveer más que a tu sustento, y cuando te viniste conmigo yo te prometí que volverías a tu tierra rico y poderoso. Estas alforjas te darán de comer, y yo te regalaré otras, llenas de oro y de piedras preciosas, y te enviaré a tu país en condiciones de que puedas ser rico y cuidar de ti y de tu familia, sin necesidad de trabajo alguno. Para utilizar los servicios de esta alforja mágica, no tienes que hacer otra cosa que pronunciar, al meter la mano en ella: «Por la virtud que tienen sobre ti los cien nombres divinos, Genio de la alforja, tráeme el plato tal», y él te servirá cuanto le pidas, aunque cada día quisieras mil platos diferentes.

Después hizo venir a un esclavo con una mula, le llenó

unas alforjas, un cujón de oro, otro de piedras preciosas, y le dijo:

—Monta en esta mula, el esclavo irá delante de ti enseñándote el camino, hasta que llegues a la puerta de tu casa. Una vez allí, quédate con las alforjas y entrégale la mula, que él me la traerá. Y, sobre todo, te encargo que a nadie descubras tu secreto. ¡Y pido a Dios que te haga feliz!

—¡Que Dios aumente tu bien! —le replicó, agradecido, Chaudar.

Cargó las alforjas en la mula, montó y, precedido del esclavo, caminó todo el día y toda la noche: a la otra mañana entraba por la puerta de la Victoria, en El Cairo. Vió una mujer sentada, que, con la mano extendida, pedía una limosna por el amor de Dios; reconoció en ella a su madre, y perdió la cabeza, apeóse de la mula y se abalanzó hacia ella; cuando la pobre mujer lo reconoció, comenzó a llorar amargamente. Púsole a la grupa de su cabalgadura y la llevó montada hasta su casa; se apearon, cogió las alforjas y entregó la mula al esclavo, que se volvió con ella a casa de su señor: el esclavo y la mula eran genios, a las órdenes del magrebi.

No podía comprender Chaudar cómo su madre había podido caer en la miseria hasta el punto de pedir limosna, y apenas entró en la casa le preguntó:

—Madre, ¿están bien mis hermanos?

—Bien están, hijo.

—Entonces, ¿cómo es que tú pides limosna en la calle?

—Hijo mío, porque tengo hambre.

—Yo te di antes de marcharme tres mil dinares: ¿qué has hecho de ellos?

—Me engañaron tus hermanos y se los llevaron diciéndome que deseaban dedicarse al comercio. Después me echaron de su lado, y no me ha quedado otro remedio que pedir limosna en medio de la calle para no morir de hambre.

—Madre mía —exclamó Chaudar—, ahora que yo estoy a tu lado ya no sufrirás ningún mal; no tengas pena, mira: estas alforjas están llenas de oro, de piedras preciosas, de cosas buenas.

—¡Tú eres feliz, hijo mío! ¡Dios te dé siempre su gracia y aumente tu virtud! Pero... andá hijo, sal y tráeme alguna cosa, porque estoy desfallecida.

—Está bien, madre —contestó riendo Chaudar—. Dime lo que quieres comer y yo te lo traeré al instante, sin necesidad de ir al zoco ni de guisar.

—Pues si no he visto que trajeras nada contigo —replicó la madre, intrigada.

—Sí, madre, he traído unas alforjas que contienen toda clase de platos.

—Cualquier cosa es buena cuando se tiene hambre —dijo la madre.

—Llévas razón —contestó Chaudar—; pero cuando se está en la indigencia, el hombre se contenta con poca cosa; en cambio, si está en la abundancia desea comer manjares exquisitos. Yo estoy en el segundo caso; pide pues, lo que te apetezca.

—Pan caliente y queso —dijo la mujer.

—Esto no pertenece a tu clase, madre mía.

—¿Tú conoces cuál es mi condición? —replicó ella—; pues dame de comer según mi condición.

—A tu condición, madre mía, pertenecen la carne, las perdices rojas, el arroz con pimiento, las salchichas, los calabacines rellenos, los corderos rellenos, las costillas rellenas, los *kanafe* (1) con almendras y avellanas, la miel de abejas, el azúcar, los *cataif* (2), los *baklawa* (3).

(1) Pastesle parecidos a los fideos, hechos de harina de trigo; son cocidos y arreglados con azúcar.

(2) Dulces hechos con una pasta delgada de harina y agua, en forma de tortitas redondas, de unas tres pulgadas de diámetro, cocidos al horno en latas de cobre.

(3) Especie de pasteles preparados con pasta y harina y manteca, sobre la cual se echan almendras y luego otra vez pasta; se cuecen al horno en latas.

(Continuará en el número próximo.)

EL LARGO EL ANCHO Y EL CLARIVIDENTE

CUENTO DECALLEJA EN COLORES

El rey, sintiéndose muy viejo, llamó a su heredero y le habló así:
—Hijo mío, poca vida me queda; antes de morir quisiera verte casado, o siquiera, conocer a la que ha de ser tu mujer.

—De buena gana os complacería, pero no tengo novia —respondió el hijo.

Entonces el padre sacó de su bolsillo una llave de oro y se la entregó diciéndole:

—Sube a la torre, a lo más alto, mira a tu alrededor y escoge la que más te guste.

El príncipe cogió la llave y subió a la torre. Antes de llegar a lo último encontróse con una enorme puerta de hierro. Utilizó la llave de oro y en seguida se vió en un aposento muy extraño. El techo era como el cielo de noche, con estrellas de oro; el suelo, tapizado de verde; las ventanas, con marcos de oro también. Pero lo más extraño era ver en los doce cristales de las doce ventanas doce jóvenes, a cual más bonitas. Sin embargo, una de ellas no se veía bien por tener delante un visillo. El príncipe lo descorrió y pudo ver que la damita de aquella ventana era la más bonita de todas. Vestida de blanco, llevaba un cinturón de plata y una corona de perlas. Pero su cara era tan doliente y pálida, que parecía un alma en pena. El príncipe quedó hechizado y triste a la vez.

—Esta, esta es la que mi corazón elige —exclamó; y al decir aquello vió que la damita se puso roja como una amapola y que las demás desaparecieron de los cristales.

Cuando el príncipe le contó a su padre lo pasado, el rostro del rey se oscureció.

—Has hecho mal en destapar lo que estaba oculto, hijo mío. Esa joven está bajo el poder de un hechicero en un castillo de hierro. Ninguno de los que fueron a libertarla ha vuelto. Yo te digo que es una gran desdicha; pero lo hecho está hecho. Prueba tu fortuna y que Dios te ayude.

El príncipe montó en su caballo y se alejó. Al pasar por un bosque muy espeso y muy grande sintió que le decían:

—Aguardad, amigo; aguardad.

Era un hombre muy alto, el cual le pidió que le tomase a su servicio.

—¿Quién eres tú y qué sabes hacer?

—Yo soy el *Largo* y puedo alargarme y llegar a donde sea menester. Si queréis aquel nido que está en el cogollo de ese roble, será vuestro en seguida.

Diciendo y haciendo, se estiró y cogió el nido.

—Bien. Pero ¿en qué me vas a servir? Yo no necesito que me alcancen nidos, sino que me digan por dónde se sale de este bosque.

El *Largo* se volvió a estirar hasta salir por encima de los árboles más altos y dijo:

—Ya lo sabemos; por este lado hay que ir.

Salieron del bosque por donde había dicho el *Largo*, y al ir caminando por la llanura, exclamó éste de pronto:

—Por ahí viene mi camarada. Tomadlo a vuestro servicio que puede sernos útil. Está muy lejos todavía, pero yo me arreglaré para llamarle.

Y dicho esto se estiró hasta llegar casi a las nubes, dió dos pasos, cogió al camarada y lo presentó al príncipe.

—¿Quién eres tú y qué sabes hacer?

—Yo soy el *Ancho* y puedo ensancharme a voluntad.

—Vamos a verlo.

—Poneos en salvo, señor —dijo entonces el *Largo*. Venios al bosque.

El *Ancho* fué tomando viento y viento, engordando y engordando, a tal punto que por poco derriba al príncipe y a su caballo. Gracias a que pudo salvarse escondiéndose en el bosque. Cuando el

Ancho cesó de inflarse y dejó escapar el aire, temblaron todas las cosas que había en los alrededores.

El príncipe le aceptó después de aquella prueba y siguieron caminando. Al llegar cerca de una cadena de montañas rocosas vieron a un hombre con los ojos vendados.

—¡Señor! —dijo el *Largo*. —Este es nuestro tercer camarada. Tomadlo a vuestro servicio.

—¿Quién eres tú? ¿Por qué llevas vendados los ojos? Así no podrás ver tu camino.

—Al contrario, señor. Tengo esta venda porque

sin ella atravieso lo que miro y lo incendio o lo despedazo con la vista. Me dicen *Clarividente*.

Y dicho esto se puso de cara a la cadena de montañas rocosas, se levantó la venda y fijó en las rocas sus ojos ardientes. Pronto empezaron a crujir y a desmoronarse. En un minuto quedaron convertidas en arena. Entre la arena quedó brillante un punto. *Clarividente* se acercó y volvió con un pedazo de oro puro.

—Eres un tipo impagable —dijo el príncipe—. Loco sería quien no te tomase a su servicio. Dime, ya que tienes tan buenos ojos, si estoy muy lejos del castillo de hierro y lo que pasa ahora en él.

—Si fuérais solo no llegaríais en un año; pero yendo con nosotros, llegaréis hoy mismo. Ahora están a punto de comer.

—Una princesa vive en ese castillo. ¿La ves tú?

—Un hechicero la tiene presa en lo alto de la torre.

—Ayudadme a libertarla —dijo el príncipe.

Todos prometieron ayudarle.

A través de la brecha que hicieron en la roca los ojos de *Clarividente*, avanzaron. Todos los obstáculos que iban encontrando en el camino iban siendo fáciles de salvar gracias a los buenos servidores. Cerca de la puesta del sol divisaron el castillo. Cuando el sol se ponía, atravesaron el puente que conducía a la puerta. Cuando se puso el sol, elevóse el puente por sí mismo y se cerraron las puertas. El príncipe y sus acompañantes quedaron dentro del castillo de hierro.

Dejaron el caballo del príncipe en las caballerizas y entraron en la casa. En el recibimiento, en las escaleras, en los salones, en todas partes fueron viendo señores y criados; pero ninguno se movía: estaban como petrificados. Siguieron adelante, hasta llegar al comedor, que estaba iluminado como en días de fiesta. En el centro, en la mesa, había cubiertos para cuatro personas. Sobre la rica mantelería brillaban las copas y los vasos finisimos. Una serie variadísima de manjares alegraban la vista. Los recién llegados estuvieron esperando algún rato; pero como no veían a nadie, se pusieron a comer. Y en honor a la verdad, se despacharon a su gusto, como en casa propia.

Después de la cena se pusieron a pensar dónde podrían dormir, y en esto abrióse la puerta y entró en la sala el hechicero. Era un viejo alto, calvo, de barba larga y vestido de negro. Por cinturón llevaba tres aros de hierro. Mas no venía solo. Traía de la mano a una dama bellísima vestida de blanco. Su cinturón era de plata y la corona de perlas; su semblante, tan triste y pálido como si viniese del otro mundo.

El príncipe la reconoció en seguida y quiso acercarse a ella; pero el hechicero, sin dejarle hablar, le dijo:

—Sé a lo que vienes. Está bien; aquí la tienes. Durante tres noches vas a velarla para que no se escape. Si se escapa las tres noches quedaréis petrificados tú y tus criados, como todos los que has visto por la casa.

Dicho esto, ofreció una silla a la princesa y se retiró.

El príncipe, que no quitaba sus ojos de la joven, en cuanto vió salir al hechicero se puso a hablarle. La hizo mil preguntas, le llamó la atención sobre mil cosas; pero ella no sonreía, no hablaba, no miraba a nadie. Parecía de piedra.

La noche fué avanzando. Pronto comenzaron a sentir los primeros avisos del sueño. Había que defenderse de él, había que velar para que no se escapase. Todos discurrieron algo para impedirle la salida. El príncipe acercó su silla a la de la princesa. El *Largo* se estiró y vino a formar como un zócalo en los cuatro muros del aposento. El *Ancho* se puso en la puerta y se infló, de manera que ni un ratón podría escapar. El *Clarividente* se situó en medio del comedor para no perder un movimiento; pero, a pesar de todo, vino el sueño seriamente y se durmieron.

¡Qué sorpresa la del príncipe cuando se despertó a la mañana siguiente...

—La princesa ha huido —les decía a sus servidores, dándoles golpecitos en los hombros para despertarles—. ¿Qué podemos hacer?

—¡No os apuréis, señor! Ya veo dónde está. A cien leguas de aquí hay un bosque; en el bosque hay una encina; en lo alto de la encina, una bellota; esa bellota es ella. Que el *Largo* me lleve a cuestras y caerá en nuestro poder.

El *Largo*, dispuesto a todo, cargó con el *Clarividente*, se dejó guiar por él, llegaron al bosque, cogie-





ron la bellota, y en un abrir y cerrar de ojos, andando diez leguas de cada tranco, estuvieron de vuelta.

—Señor, he aquí la bellota; dejadla caer al suelo. —Al tocar el suelo la bellota, apareció la princesa. Pocos instantes después, cuando el sol asomaba por los montes, se abrió la puerta y apareció el hechicero. Al entrar hizo una mueca que quería ser sonrisa, pero cuando vio a la princesa, torció el gesto y se puso a gruñir. Todos pudieron ver que saltó uno de los aros de hierro de su cinturón. En seguida se fué, llevándose a la princesa de la mano.

El príncipe y sus acompañantes, por no estar ociosos, se dedicaron durante aquel día a curiosear por el castillo. Muchas eran las bellezas que encerraba, pero lo impresionante era ver que la vida estaba como en suspenso. No se veía una persona moviente. En un salón había un príncipe en actitud de acometer con una maza; pues bien, la vida le fué retirada en el momento de levantar la maza y así permaneció, como una estatua. En otro sitio había otro desdichado que se llevaba la comida a la boca, habiendo quedado con la cuchara para siempre, a medio camino. Otro estaba en actitud de huir. En suma, se veía que la mano de un poderoso hechicero les había dicho: «Quedad petrificados», y que la orden se cumplía.

Cuando el apetito mortificaba al príncipe o a los suyos entraban en el comedor y siempre hallaban sobre la mesa cosas ricas y variadas, pero jamás supieron quien las colocaba allí. Ellos se servían y ellos se escanciaban el vino.

Después de la cena volvió a abrirse la puerta y a aparecer el hechicero con la princesa.

—Aquí la tienes, le dijo al príncipe. Veremos si no se escapa esta noche.

Todos, a porfía, lucharon por no dormirse. Pero, como la vez pasada, se durmieron, y cuando el príncipe se despertó y vio que la princesa había desaparecido, llamó al *Clarividente*, diciéndole:

—Despierta, *Clarividente*. ¿Sabes dónde está la princesa?

El *Clarividente*, después de restregarse los ojos, dijo:

—Ya la veo. A doscientas leguas de aquí, hay una montaña, y en la montaña, una roca; en la roca, una piedra preciosa. Esta piedra, es ella. Que me lleve el *Largo* y os la traeré.

El *Largo* se lo echó a cuestras, se estiró y comenzó a caminar a veinte leguas por paso. Pronto descubrieron la montaña. El *Clarividente* le clavó los ojos y la montaña voló echa polvo. Relumbró la piedra que buscaban, fueron por ella y volvieron al castillo. El príncipe la dejó caer en el suelo, y como la vez pasada, apareció la princesa.

Cuando el hechicero vino y la vio allí, sus ojos centellearon de coraje, y su cinturón se rompió por el segundo aro. En seguida la tomó de la mano y salió del aposento dando bufidos.

Aquel día, todo se volvió a repetir como la víspera. Después de la cena vino el hechicero con la princesa y la dejó, diciéndole al príncipe con aire de desafío:

—¡Veremos quién gana de los dos!

Todos se esforzaron doblemente, aquella última noche de prueba, para no dormirse. Determinaron no sentarse, pasar el tiempo de pie o andando; pero el sueño vino como siempre y los rindió.

Cuando clareó el día y se despertó el príncipe, llamó angustiado al *Clarividente*.

—¡Levántate, despiértate, *Clarividente*! ¡Haz por ver dónde se halla la princesa!

El *Clarividente* se puso a mirar durante largo rato; cosa que empezó a inquietar al príncipe. Al fin, dijo:

—¡Ay, señor mío! Está lejos, muy lejos. A trescientas leguas de aquí, hay un mar muy oscuro. En medio de este mar, un criadero de perlas. En una concha de ellas, hay un anillo. Ese anillo, es la princesa. Pero no perdáis la tranquilidad. Será nuestra. Solo que esta vez tiene que cargar el *Largo* con el *Ancho* y conmigo.

El *Largo*, con el *Ancho* en un hombro y el *Clarividente* en otro, comenzó su caminata a treinta leguas por paso. Cuando llegaron al mar oscuro, el *Clarividente* le indicó dónde estaba el criadero. Metió el *Largo* su larguísimo brazo, pero no llegaba al fondo. Entonces, dijo el *Ancho*:

—Esperad, amigos. Dejadme un momento.

Los compañeros aguardaron a ver lo que hacía. Fué muy sencillo:

se infló como un globo enorme y después se echó de brúces al borde del mar.

Pocos momentos después había bajado tanto el agua, que el *Largo*, pudo tocar con la mano en el criadero. Ya tiene la concha y ya tiene el anillo. Cargó el *Largo* con sus compañeros otra vez y emprendieron la vuelta hacia el castillo. Pero, ¡con qué dificultad! ¡Como que el *Ancho* tenía medio mar dentro del buche! Al fin, el *Largo*, le dejó caer al suelo, y con el golpe, se le salió el agua e inundó el valle que cruzaban. Así pudieron seguir su camino.

Pero entre tanto, el príncipe, se paseaba inquieto. Apuntaba ya la aurora y no volvían sus servidores. Mientras más crecía la luz, más crecía su angustia. Un sudor frío le bañaba la frente.

En el momento mismo en que asomó el sol encima de los montes, abrióse la puerta y dió paso al hechicero, el cual, después de recorrer con la mirada el aposento, rompió a reír groseramente. Su cargada extérea y sarcástica retumbaba todavía en la habitación, cuando sonó un chasquido y penetró por la ventana el anillo, el cual, dió en el suelo. Al instante apareció la princesa.

La explicación de todo esto es bien sencilla. Viendo el *Clarividente* los apuros que estaba pasando el príncipe, se lo dijo al *Largo*, y éste alargó el paso y echó el anillo por la ventana.

El hechicero se puso rojo de ira. Dió un zapatazo en el pavimento y retumbó toda la fortaleza. De repente se oyó crujir una cosa: Era que se había roto el aro número

tres de su cinturón, el cual se vino al suelo. En aquel instante, el hechicero se convirtió en cuervo y escapó, volando, por la ventana rota.

Ya estaban libres. La princesa recobró movimiento y alegría. Le dió las gracias al príncipe por haberla librado del encanto, y al estrecharle la mano, se puso colorada como una rosa.

Lo que sucedió entonces fué verdaderamente curioso. Todo aquello que estaba en el palacio petrificado y sin vida comenzó a recobrarla.

Y esta vuelta a la vida no fué sola para las personas que había en la casa; pues los caballos lanzaron sus relinchos, los pájaros se movieron y volaron de las ramas. Los peces comenzaron a colear en las albercas y las ranas a croar en los estanques. Todo, en fin, volvió a la vida, y con un brío extraordinario.

Muchos de los señores a quienes lo acaecido había librado de sus incómodas y extrañas posturas, entraron de seguida a saludar al príncipe y expresarles su agradecimiento.

El príncipe les recibió afablemente, y les dijo:

—No tenéis por qué agradecerme tanto, si yo no hubiese tenido conmigo a mis fieles servidores, *Largo*, *Ancho* y *Clarividente*, yo hubiera engrosado vuestro número.

Y dicho esto, se levantó y se dispuso a partir con su princesita y sus criados, camino del palacio de su padre.

Es inenarrable el júbilo que inundó al pobre viejo cuando vio a su hijo. Ya no tenía esperanza de verle más. De tanta alegría, estuvo llorando. Pocos días después se organizaron las bodas, que fueron sonadas y duraron quince días. A ella estuvieron invitados todos los señores que libró el príncipe de sus malas posturas.

Lo único fastidioso para el rey y para el príncipe, fué que el *Largo*, el *Ancho* y el *Clarividente*, no quisieron permanecer inactivos en la corte. Por más promesas y regalos que les hicieron fué imposible engatuzarles. Así es, que pasadas las bodas, se despidieron y se fueron a vagar por el mundo. Ellos no habían nacido para descansar en los palacios, sino para esforzarse en empresas que la vida errante les ponía al paso.

FIN



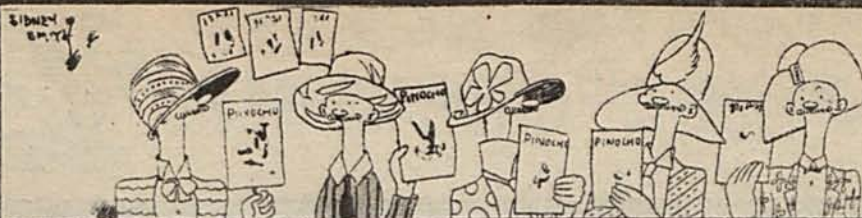
Doña Blasa y doña Petra.
MARÍA DE LOURDES SÁ-
TRUSTEGUI.—Madrid.



Mix amigos del alma.
SALVADOR GARCÍA
Larache.



La casita blanca.
MARÍA DONCEL.
Badajoz.



PELAGIO CARAMILLO Y FAMILIA





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





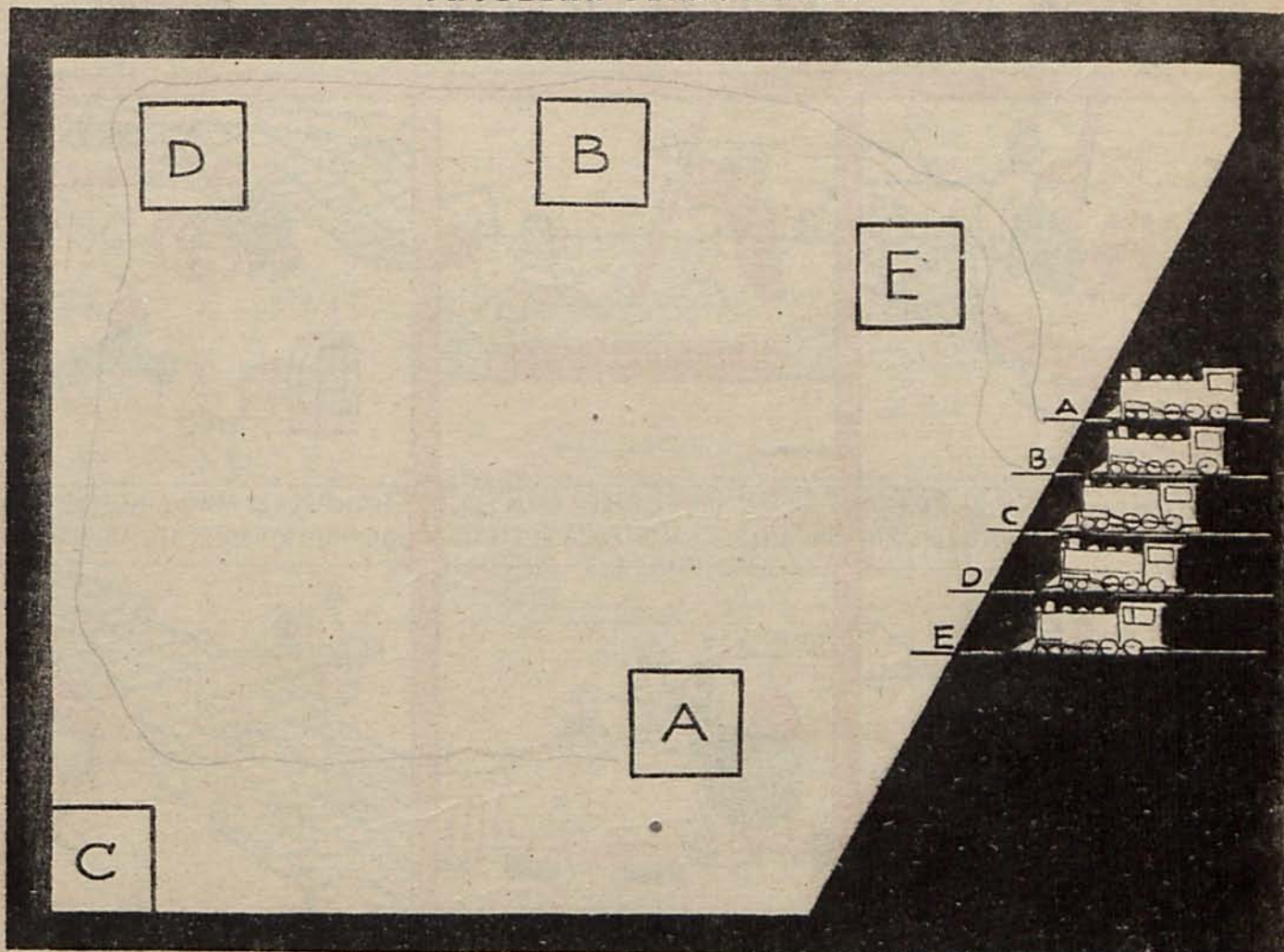


COLORÍN Y SU PANDILLA



CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

PROBLEMA FERROVIARIO

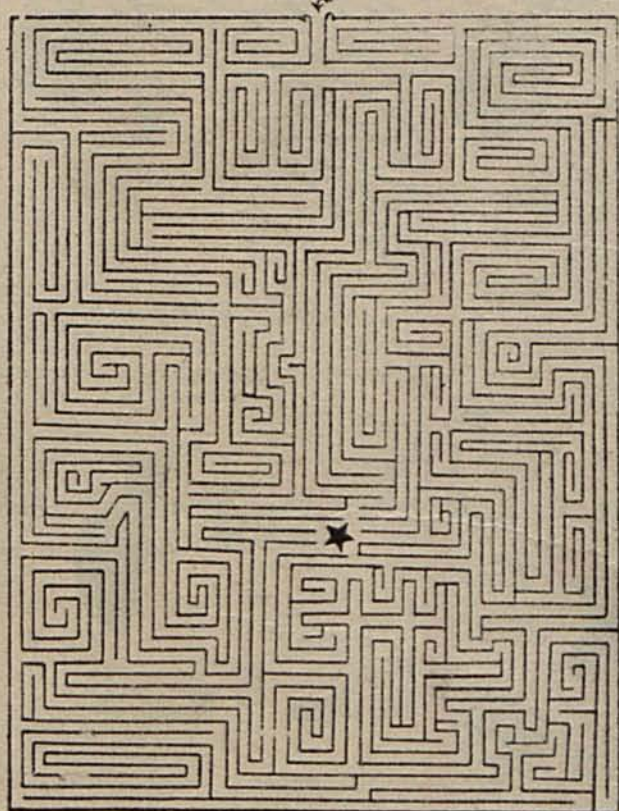


Como casi todos vosotros tenéis algo de ingenieros, os doy este problema, que os entretendrá grandemente.

Se trata de trazar cinco vías para poder encerrar estas cinco máquinas en sus respectivos depósitos. Quiere decirse que la máquina señalada con la letra A será encerrada en el depósito A. La máquina B, en el depósito B, etc., etc.

Estas cinco vías, que habréis de trazar, no podrán tocarse ni cruzarse unas con otras.

LABERINTO



Entrando por la puerta señalada con una flecha, hay que llegar a la plaza, esta señalada con un asterisco.

ROMPECABEZAS



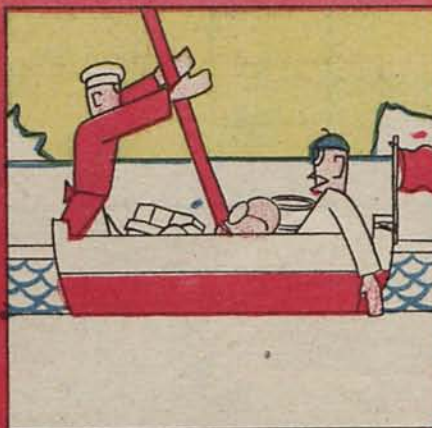
Con estas diez piezas de que se compone este dibujo, hay que formar, uniéndolas convenientemente, un animal muy conocido.



TRISTÁN EL PILOTO



MUCHOS DIAS CON SUS NOCHES NAVEGARON POR UN CANALITO ADELANTE



TRISTÁN PARA DISTRAER A SUS TRIPULANTES LES CONTABA CUENTOS



PERO HARTOS DE TANTO CANAL Y DE TANTO CUENTO DECIDIERON DESEMBARCAR



POR TRES VOTOS CONTRA NINGUNO ACORDARON CELEBRAR UN BANQUETE



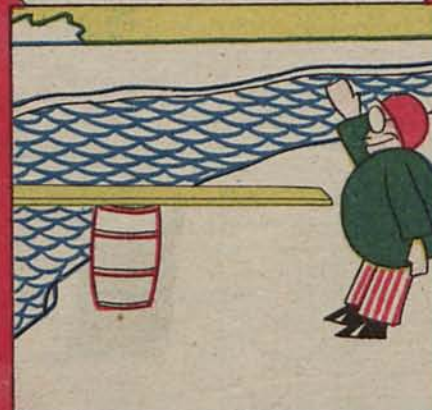
Y AL DOCTOR PEÓN LE TOCO EN SUERTE SERVIR LA MESA



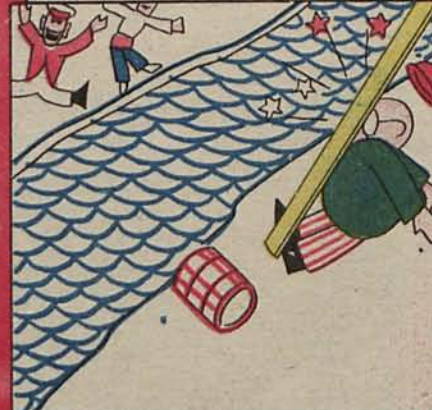
CON DOS BARRILES Y UNA TABLA CONSTRUYERON UN GRAN PUENTE



POR EL QUE PASARON TRISTÁN Y ZUCÁN SIN NINGUNA DIFICULTAD.



PARA GASTAR A PEÓN UNA BROMA LE CORRIERON LA TABLA A UN LADO



Y CUANDO FUE A PASARSE LE VIÓ EL PUENTE A LAS NARICES



PERO PEÓN QUE ERA UN SABIO SE LLEVÓ EL TABLÓN BAJO EL BRAZO



Y MIENTRAS SUS CAMARADAS RABIAHAN AL OTRO LADO DEL CANAL



EL DOCTOR PEÓN SE COMIÓ SOLITO TODO EL BANQUETE.

Castillo

COLABORACION PINOCHISTA



Un sordo entra con un amigo en un café.
El camarero al que oye.—
¿Qué va a ser?
—Yo, nada.
—¿Y usted? —dirigiéndose al sordo.
—Lo mismo que el señor; pero con patatas.
ALFREDO DIEZ.



El profesor.—¿Qué género tiene el tintero?
El alumno.—¡Tinta!
V. VERA.—Madrid.



El señor, que es ciego.—¿De quién es esto?
El niño, tartamudeando.—Es mi..., es... mi..., es...
mi... ope.
MANOLITA GARCÍA.—Valencia.



—¡Oiga, amigo! Aquí le traigo a su hijo Currinche. Edúquele, pues si usted se ha visto negro para hacerlo, yo no quiero verme negro.
RICARDO CASTELL.



Lleva la chistera en la coronilla el tonto de la sombrilla.
ALFONSO PÉREZ.



Mi novia.
JULIÁN NÚÑEZ.



Los amigos Juan y Pedro.
AUGUSTO SERRANO.



Monjardín.
ADOLFO RUIZ.



Rogelio.
ELENA M. BRIZUELA.
Buenos Aires.



Mi hermano el chiquitín.
ASUNCIÓN MINGO.
Madrid.



Soldado napoleónico, por HUMBERTO.



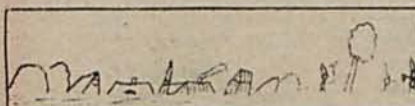
Los señores de Jaramago.
LOLA BASILIO.
Oviedo.



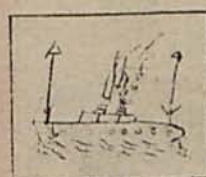
Mi gatito disfrazado.
AMELIA MAYO.
Madrid.



El Princesa de Asturias.
LEONOR VELASCO.—Ceuta.



El país de los enanos y sus habitantes.
JUAN F. CHACÓN.



Un barco.
PAULINO VELASCO.
Ceuta.



Una amiga de mi mamá.
FULGENCIO PÉREZ.
Gijón.

Las dos hermanas.

Había en un pueblo de Asturias, cuyo nombre no recuerdo, dos hermanas llamadas Pepa y Carmen. Pepa era orgullosa y soberbia, y la otra, al contrario, obediente a sus padres.

Un día mandó la madre a Carmen a por agua con un jarro de plata, y se le acercó una viejecita y la dijo que le diera agua, y se la dio. Entonces se levantó una nube de humo y vió un hada hermosísima que la dijo: «Cada vez que hables arrojarás esmeraldas y rubíes»; y dicho esto, desapareció.

Al día siguiente fué la otra hermana y le pasó lo mismo; pero no le dió el agua. Entonces dijo el hada: «Cada vez que hables, arrojarás sapos y culebras», y desapareció. Carmen se casó con un príncipe y la otra, de envidia, se murió.

ERNESTO VALLEJO.
Once años. Melilla.

Los huérfanos y los ladrones.

Pedro y Juan eran dos hermanos tan pobres, que el día que murió su madre salieron a ganarse la vida. En el camino encontraron una tabla bastante grande, y Juan dijo a su hermano:

—Coge esa tabla, que como hace tanto frío, la quemaremos para calentarnos. Estaban ya preparándose para encender la lumbre, cuando vieron venir hacia ellos una banda de ladrones. En seguida treparon a una encina, subiendo también la tabla. Dió la casualidad que los ladrones se pusieron a comer debajo, y entonces dejaron caer la tabla encima de ellos.

Los ladrones huyeron despavoridos por el susto y los dos hermanos vivieron ricos y felices, aunque lamentando la pérdida de su madre.

Y los ladrones, medrosos, se quedaron pobres todos.

S. NARANJO RAMOS.
Diez años. Asturias.

Anita y Leonor.

Erase una mujer de posición modesta, la cual tenía dos hijas: Ana y Leonor. La primera se conocía por su amor al trabajo; la segunda, por el contrario, por su pereza y holgazanería.

Cierta día su madre dijoles: —Niñas, ya estáis casaderas; por lo tanto, podéis ir reuniendo, de la forma que veáis más conveniente, un capitalito para empezar vuestra vida.

Leonor, al momento que su madre dió este consejo, se alejó de su presencia murmurando; pero Ana lo agradeció y trató de ponerlo en práctica. Ana aprendió el oficio de modista, con el cual fué reuniendo un buen capitalito, como ella decía: «Es para formar mi nido».

Leonor no hacía caso a su madre y se pasaba la vida en el balcón y de paseo con otras golfillas como ella.

El reloj daba las siete y Ana se levantaba. Apenas repetía, ya estaba vestida. (Todo esto lo hacía maquinalmente.)

Como el taller al cual iba distaba algunos kilómetros y el camino estaba lleno de fango, Ana se ponía sus zuecos, un pañuelo en la cabeza y llevaba un paraguas fuerte; es decir, que su apariencia era la de una pobre y humilde joven, y su hermana se burlaba de ella diciéndole:

—Está loca. Piensa que no tenemos dinero. Ana contestaba: —San Pablo dijo: «Quien no quiera trabajar, que no coma».

Leonor vestía muy elegante y decíale que, por tal motivo, se casaría con un hombre de muy buena posición, y ella, por el contrario, como vestía tan humilde, se casaría con uno humilde de posición.

A esto Ana contestaba: —El trabajo ha sido expresamente mandado por Dios aun antes del pecado, pues la Biblia dice: «Dios puso al hombre en el Paraíso para que lo cultivara».

Ana, que tenía muy buen corazón, a pesar de que su hermana se burlaba de ella, le confeccionaba sus ropas, y con gran esmero.

A su madre dijo Leonor cierto día: —Madre, me quiero casar.

Y como la madre accediese, lo hizo con un joven de muy buena posición.

Poco tardó la formal Ana en verificar su enlace matrimonial con un joven de posición baja, pero que no dejaba de reunir condiciones tan nobles como las del marido de Leonor.

Llegado fué un año en el cual había que menearse para atender al sustento, y como el capital de Leonor y su marido se había resentido y nunca habían sido acostumbrados al trabajo, tuvieron que vivir unos cuantos años de limosnas, al cabo de los cuales murieron agobiados por el hambre y la pesadumbre.

Ana y su esposo, por el contrario, que siempre habían trabajado, lo hicieron en esta ocasión con gran anhelo, consiguiendo alcanzar una posición bastante elevada. Y así vivieron muchos años felices y dichosos.

MANUEZ GARCÍA GERPE.
Ordenes (Coruña).

Cuento.

Esto era un padre que tenía un hijo llamado Pedro, el cual tenía cumplidos los diez y ocho años.

Pues como sus padres eran tan pobres que apenas ganaban para comer, el muchacho resolvió la situación de la siguiente manera, la cual dijo a su padre.

—Como somos muy pobres y casi no ganamos para comer, yo me iré a buscar trabajo; todo el dinero que gane será para comer yo y vestirme; lo demás se lo mandaré.

Al día siguiente, después de haber hecho los preparativos para la marcha, cogió un cantero de pan de centeno y se puso en camino; cansado de andar tanto, se puso a dormir en el bosque, en el centro del cual estaba enclavada una granja; al amanecer se despertó, encontrándose en medio de unos segadores que, según dijeron, pertenecían a la citada granja, a la cual le llevaron, en donde le dieron de comer, y después le preguntaron qué buscaba en aquellos parajes, a lo cual contestó el muchacho que buscaba trabajo para dar de comer a sus padres.

En la granja le dieron trabajo, el cual agradeció. Estando una noche rezando sus oraciones, oyó un ruido extraño en el despacho de su amo, se levantó de la cama, cogiendo la escopeta que tenía colgada a la cabecera, salió de su cuarto con gran cautela y se aproximó al sitio del cual partían los ruidos; miró por el ojo de la cerradura y vió a un hombre de malas trazas que intentaba abrir la caja de caudales; entonces abrió la puerta sin ser oído, y una vez dentro puso manos en alto al bandido y pidió socorro, a cuyas voces se despertaron todos los de la casa; cogido el ladrón, lo entregaron a la Guardia civil.

Para recompensar el hecho, el granjero le concedió la mano de su hija, una linda muchacha que constituía la alegría del hogar. Casáronse, y celebrándose las bodas radiantes de alegría, viven felices en compañía de sus queridos padres.

J. GARCÍA.
Once años. Madrid.



Mi casa de campo.
A. GÓMEZ.—Madrid.



Pinocho en su corral.
JULIO GONZÁLEZ.



El corral de mi tío Julián.
ELENA CUADRADO.



El cuarto de los juguetes.
LUISA PERALTA.



El vendedor de PINOCHOS.
CONSUELO LARRUCEA.
Valladolid.



Piruli escribiendo.
CARMEN VARA DE REY.
Madrid.



Pinocho.
F. MONTENEGRO.



Mi borrico.
C. M.—Madrid.

¡¡ PINOCHISTAS !!

Próxima a terminarse la cantidad de dibujos, chistes, historietas y cuentos que estaban esperando turno de publicación, se ha reunido el GRAN CONSEJO PINOCHISTA y, a propuesta de Paco Morronguis, encargado por Pinocho de estudiar este asunto, se ha decidido admitir nuevamente COLABORACIÓN PINOCHISTA en forma de dibujos, chistes, cuentos e historietas.

Para enviar trabajos de COLABORACIÓN PINOCHISTA será indispensable:

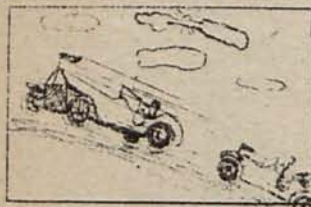
- 1.º Ser suscriptor a PINOCHO.
- 2.º Enviar con cada trabajo un cupón de Colaboración pinochista como el que publicamos hoy y publicaremos en cada número mientras no vuelva a haber aglomeración de trabajos esperando turno.

CUPÓN DE COLABORACIÓN PINOCHISTA

CORRESPONDIENTE AL NÚM. 90

Envío del suscriptor (1) Don

(1) Sólo los suscriptores pueden colaborar.



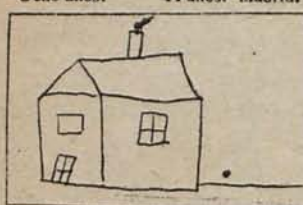
Pinocho, siempre vencedor.
PABLO CUADRA.



Autocaricatura.
OCTAVIO PÉREZ.
Ocho años.



Española.
P. V.
14 años.—Madrid.



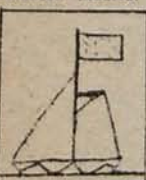
Mi casita de campo.
JAIME PINIÉS.
Seis años. Madrid.



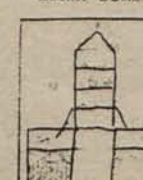
Don Simplicio.
MIGUEL FRAILE.
10 años.—Madrid.



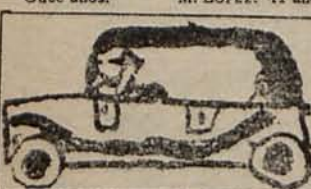
La moda de París.
ELENA GÓMEZ.



Un barco.
FRANCISCO MELERO.
Once años.



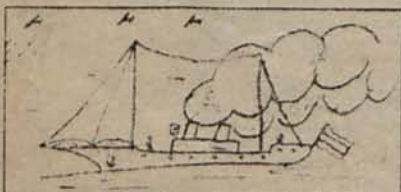
Una iglesia.
M. LÓPEZ.—11 años.



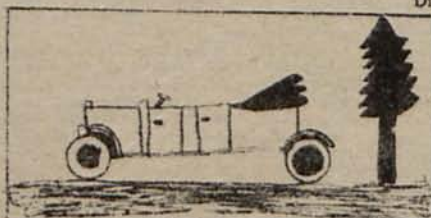
«Auto» de Paco.
ANTONIO VIÑUELAS.
Nueve años.



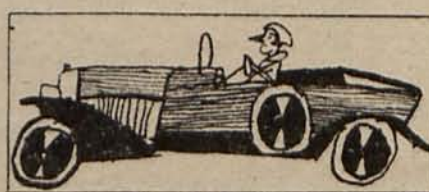
Pinocho y su castillo.
JUANITO PATIÑO.
Diez años.



Mi yate de recreo.
JAVIER MENARGUÉZ.
Trece años. Zarauz.



Mi «auto».
ADOLFO SÁNCHEZ.
Nueve años. Madrid.



El «auto» de Pinocho.
J. LUIS VARA DE REY.
Ocho años. Madrid.

Juanito y su hermana.

Cerca de Francia había una aldea muy pequeña, pues apenas tenía setenta vecinos. Pues bien, en aquella aldea vivía un sastrecillo muy pobre en compañía de su esposa y su hijo Juanito, que apenas contaba diez años.

Un día dijo Juanito a sus padres:

—Somos muy pobres y trabajan ustedes mucho para mantenerme. Mañana, al amanecer, me voy a Francia y me pondré a trabajar. Ya les escribiré todas las semanas y les mandaré todo el dinero que gane, y con eso pueden ustedes ir viviendo.

Los padres de Juanito no le dejaban marcharse y le dijeron que una hermana suya, cuando él era pequeño, se fué a trabajar a Francia y no tuvieron noticias suyas; y por más que hicieron por saber dónde estaba, no averiguaron nada.

Tanto insistió Juanito que, al fin, le dejaron marcharse, dándole antes la merienda y algunas monedas.

Ya estaba muy cerca de Francia, cuando en el camino se encontró a un enano que le dijo:

—Niño, ¿harias el favor de decirme adónde vas?

Juanito le contestó:

—Voy a buscar a mi hermana, que hace tiempo se marchó a Francia y no hemos vuelto a saber de ella.

Entonces el enano le dijo:

—Tu hermana está en casa del brujo Malaidea convertida en loro; pero para salvarla es menester matar al brujo.

Juanito le dio las gracias al enano y se fué a casa del brujo, y le encontró al lado de una fuente, le dio un empujón y el brujo se cayó al agua, ahogándose.

Al momento aparecieron muchas niñas de las que el brujo convirtió en pájaros, y entre ellas estaba la hermana de Juanito, que se abrazó a él y se fueron a su casa, que el enano había convertido en palacio. Allí estaban sus padres, que se pusieron tan contentos al ver a sus hijos regresar, a los que ya creían perdidos para siempre.

Los demás niños que el brujo convirtió en pájaros regresaron a sus casas, y el enano vivió muchos años al lado de Juanito.

IGNACIO MARTÍN ORTIGOSA.
Doce años. Madrid.

Cuento.

Tratad bien a los animales.

Había en un lindo pueblecito de Castilla un maestro de escuela, que al ver el instinto perverso de muchos niños que durante el recreo tiraban piedras a los perros y martirizaban a los pajarillos que cogían, les aconsejaba, por el contrario, que los tratasen bien, pues eran obra de Dios.

Dos de los niños que iban a aquella escuela eran muy amigos: uno, Pepito, muy malo y de ningún corazón para los animales; el otro, Juanito, le afeaba su proceder, pues hacia lo contrario: al salir de la escuela solían encontrar a diario un hermoso perro, al que Pepito tiraba piedras, mientras Juanito le daba el pan de su merienda.

Un día, pescando en un riachuelo próximo, los dos niños perdieron pie y cayeron al río, muy profundo por aquel sitio; el perro, al ver el peligro, se arrojó al agua, y dirigiéndose a su amiguito Juan le salvó, en reconocimiento de lo bueno que era con él; pero Pepito se ahogó. Ved las consecuencias de ser malos con los animales.

ANGELITO UBEDA HERREROS DE TEJADA.
Seis años. Peñafiel.

El príncipe inesperado.

Pues, señor, había en Guinolandia un rey muy fiero y una princesita, hija de ese rey, y un día le dijo a su padre:

—Padre, yo quiero casarme.

—Bueno, hija —le dijo el monarca—, esta noche realizaré una fiesta, y el que más te guste de los príncipes que asistan a ella, te casarás con él.

Llegó la noche y se realizó la fiesta como había dicho el monarca; pero a la princesita no le gustó ninguno de los príncipes que asistieron a ella. Entonces el monarca dijo en voz alta:

—El que me traiga mañana el regalo más hermoso, se casará con la princesa, mi hija. Al día siguiente le trajeron al rey valiosos regalos; pero el que más le gustó fué uno de un viejo rey (por cierto, solterón); y la inocente princesa se tuvo que casar con el viejo rey.

Pero cuando estaban en la boda, llegó un príncipe (del cual la princesa se enamoró rápidamente), y que trajo el mejor regalo, pues era la colección completa del gran PINOCHO. Las bodas se efectuaron con gran pompa.

FERNANDO GARCÍA.
Nueve años. Montevideo.

El encuentro.

Érase un leñador y su mujer, que querían tener hijos, y no los tenían. Un día, el leñador se encontró al pie de un árbol a una niña recién nacida. Se la llevó a su casa, y viendo que no era de nadie, la cuidó como si fuese su hija. La niña se llamaba Violeta, y, a la vez que crecía, era más hermosa, hasta que llegó a la edad de casarse.

Los leñadores eran ricos ahora, y llegaron muchos pretendientes a solicitar la mano de Violeta, entre ellos un príncipe, que se llamaba Valiente, y que fué el único que le gustó a Violeta. Así es que se casaron y fueron al palacio del príncipe, donde vivieron muchos años en compañía de los buenos leñadores.

CONSUELO ZOBEL.
Once años. Manila (Islas Filipinas).

Las grullas soles.

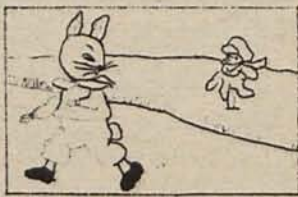
Había en un pueblo tres grullas, que por ser iguales y diferentes las tres, a todas las llamaban las soles.

Un día, una se metió, por casualidad, en una trampa para grullas que el rey tenía. Al día siguiente, al saberlo las demás, se echaron al vuelo en busca de ella; pero por mucho que la buscaron, en vano la encontraron.

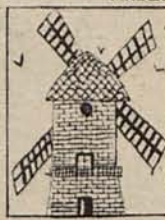
El mismo día, por la tarde, se la presentó la bruja «gorrión», que le dijo que si le daba un picotazo al rey y le arrancaba un pelo, se le quitaría la manía de engañar a los animales.

La grulla así lo hizo, marchándose a su casa y siendo muy feliz.

M. BAILÓN.
Diez años. Melilla.



Un susto.
MARGARITA FUENTES.



Molino de viento.
TOMÁS MUÑOZ.
9 años. Zaragoza.



Pinocho.
SEBASTIÁN GARCÍA.—Larache.



No te sabes la lección.
R. BESCANS.



Dos amigos.
DOROTEO F. DÍAZ.
Lugo.



Un mandarín.
A. TROCONIZ.
Doce años.



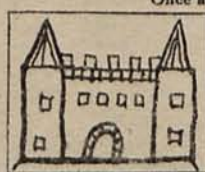
Pinocho.
REGLA PIÑAR.
8 años. Sevilla.



Mi casa.
V. TACÓN.
Nueve años. Madrid.



Dime con quién andas, y te diré quién eres.
JOSÉ BELMONTE.
Once años.



Castillo de Chapete.
S. PERNAN.
Once años.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
 —Hoy quisiera saber, querido buho, qué son los sonidos y por qué los oímos.
 —En primer lugar, amigo Chonón, oímos porque tenemos oídos, del mismo modo que vemos porque tenemos ojos.
 —Me parece que has dicho una perogrullada, admirable buho.
 —No lo creas.
 —Pues no lo entiendo.
 —Has de saber que el ruido no es más que una vibración del aire.
 —Luego el ruido existe.
 —Existe, pero en nuestros oídos.
 —¿Qué quieres decir con esto?
 —Quiero decir que en el espacio está todo sumido en el más profundo silencio y que, cuando alguna cosa vibra, se producen en el aire unas ondas que, al chocar en nuestros oídos, causan esa sensación que llamamos ruido.
 —Ya te comprendo.
 —Ahora he de decirte que estas ondas, para transmitirse, para viajar por el espacio, necesitan de un medio, y este medio es el aire.
 —Entonces, lo mismo que la luz.
 —Precisamente lo mismo, no, querido Chonón. La luz se transmite hasta en el vacío, y el sonido no. Si dentro de una campana de cristal colocásemos un timbre con una bombilla eléctrica e hiciésemos el vacío, verías cómo la luz llegaba a nuestros ojos, y en cambio el sonido no lo percibían nuestros oídos.
 —Es admirable, sabio buho. ¿Y corre mucho el sonido?
 —Viene a correr unos 330 metros por segundo. La luz recorre mucho más. Por esta causa, si disparan un cañón a larga distancia, vemos primero el fogonazo y oímos después el ruido.
 —Yo no he oído nunca disparar un cañón.

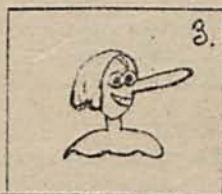
—Pero habrás visto muchas tormentas, ¿verdad?
 —Muchas.
 —Pues es igual para el caso. El relámpago y el trueno se producen al mismo tiempo; pero como la luz es mucho más veloz que el sonido, verás primero el relámpago y oirás después el trueno. De esta forma puede calcularse la distancia a que se hallan las tormentas, pues cuanto más tardemos en oír un trueno después del relámpago, más lejos de nosotros se hallará la nube.
 —Hablas como un libro, envidiable buho; y dime ahora, ¿es verdad que el sonido rebota en las paredes?
 —Exactamente igual que una pelota. Cuando las ondas sonoras encuentran en su camino un obstáculo, chocan contra él y se vuelven hacia atrás. Por esto se produce el eco que tú habrás podido observar en muchos sitios.
 —Ya lo creo. Tengo precisamente una habitación muy grande en mi casa en la que, si yo aplaudo una vez, llego a oír hasta siete u ocho palmadas iguales a la mía. Cuando yo era más pequeñito, creía que las paredes se burlaban de mí.
 —Pues es el sonido de la palmada tuya, que va de pared a pared hasta disiparse.
 —Entonces, ¿cómo es que en los teatros no oímos el sonido de la música más que una vez?
 —Porque los arquitectos que construyen los teatros tienen muy en cuenta los principios de la acústica, y gracias a estos principios, puede conseguirse que la reflexión del sonido, en vez de ser perjudicial, resulte útil y aumente su claridad.
 —También se refleja la luz, ¿verdad?
 —También; pero, si te parece, dejaremos esto para otro día.
 —Como quieras.
 —Pues adiós, Chonón.
 —Adiós, querido buho.



1. Si se constipa Pinocho y estornuda, mata a ocho.



2. Una vez estornudó y a Chapete reventó.



3. La nariz del buen amigo, como veréis, es de abrigo.



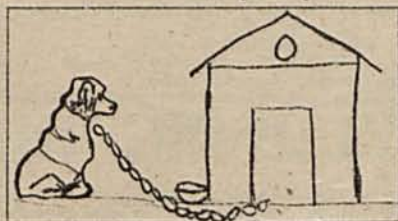
4. Estornudó, y a Currinche lo aplastó como a una chinche.



5. También a don Turulato lo hizo pasar un mal rato.



6. A Pirula la adoraba y nunca la estornudaba. P. M. JUNQUERA. Guadalajara.



El guardián de casa. JOSÉ LUIÑA.



Mi perrito «Lulú». L. M. E. MENDOZA Y GÓMEZ. Madrid.



Paulino Uzcudun. E. MENDOZA Y GÓMEZ. Madrid.



Anita y Pinocho. ANGEL OYANEL. Madrid.



Un flamenco. NAZARIO CUADRADO.



En pleno «macha». JUAN BENITO. Madrid.



Un quinto. A. L. Miraflores de la Sierra.

Cuento.

Hace ya muchos años, siendo finalistas del Campeonato de Inglaterra los equipos Instituto Nacional y el Club de Financieros, en éste había un notable jugador llamado Harri Simi.

El artículo de campeonato revestía proporciones alarmantes, pues el banquero Smits había apostado 10.000 libras a favor del Nacional, y con este fin mandó a sus secuaces a secuestrar a Simi, lo que hicieron llevándosele en un auto, sin notar que les seguía el célebre detective Mister Berri, siguiéndoles hasta las doce del otro día, que pararon en un recodo del camino, metiéndose en una cueva, y cuando más atareados estaban, se presentó Mister Berri con un revólver e hizo que soltaran a Simi y ordenó a éste que maniatará a todos, conduciéndoles al auto.

—¡Ay! —dijo Mister Berri—. Hemos caninado toda la noche y la mañana a 85 por hora, y veo muy difícil llegar a tiempo marchando a 130 y sin estrellarnos.

—Pues marchemos a 130 —dijo Simi.

El auto partió como un rayo; cuando aún les faltaba hora y media, el auto pasó por un sitio donde había cristales y se pinchó una rueda; pero gracias a las fuerzas colosales de Simi quedó todo arreglado en pocos minutos y el auto partió veloz.

Mientras tanto, en Londres se había llenado el campo a las dos; y a las tres menos cuarto salieron los equipos, notándose en los financieros la falta de Simi.

Empieza el partido sacando los del Nacional, y en una bonita arrancada de Dart! consigue el primer goal para su equipo. Sacan los financieros perdiendo el balón en seguida, y Cosme lanza un «chot», parándole «débilmente» el portero, con tan mala fortuna, que el balón se mete en su portería, consiguiendo el segundo goal a favor del Nacional, y una gran combinación de los nacionales consigue el tercero, terminando así el primer tiempo.

A poco de empezado el segundo tiempo, llega Simi, y al enterarse del resultado, lanza un «chot» con desesperación, consiguiendo el primer goal para su equipo; sus compañeros se animan de tal forma, que a los pocos minutos consiguen el segundo; después, con ayuda del medio derecha, Simi logra el tercero; ya faltaban unos minutos, cuando una mano del defensa, Simi logra el cuarto y el de la victoria. El banquero, al verse arruinado, se suicida y Simi es llevado en andas al hotel.

ANTONIO HERNÁNDEZ.
Trece años.

El león agradecido.

Pues, señor, caminaba selva adelante un cazador, cuando se encuentra a un león llorando; se acercó a él y vio que tenía una espina en una pata; el cazador se la quitó; el león, cuando la tenía quitada, cogió al cazador por un brazo y lo llevó a presencia de su reino; el león habló de esta manera:

—El primero que toque a este cazador o tenga intenciones de devorarlo, será ahorcado en el acto.

El cazador, después de despedirse del león, siguió su camino por la selva; pero se encontró de manos a boca con otro león más fuerte que el otro; creyendo que no le haría daño, siguió; pero el león dió un rugido que le espantó; pero apareció el león de la espina, y los dos leones se declararon la guerra.

Empieza la lucha con panteras, leones, tigres, lobos, etc.; panteras contra panteras, leones contra leones, etc., etc.; se mordían; se mataban.

Después de tanta lucha, sólo quedaron los dos reyes leones; ya estaba para matarle el león fuerte al león de la espina, cuando el cazador dispara un tiro, y ¡paf!, cae al suelo el león fuerte, venciendo el león de la espina; el cazador le dijo si le dejaba llevarse las pieles y el león se las dejó coger.

El cazador, después de coger las pieles, se vino para España, y vendiéndolas hizo mucho dinero.

El cazador vive feliz con su mujer y sus hijos.

B. RODRÍGUEZ MARÍN.
Trece años.



Lo mismo que un huracán entra en el «Metro» don Juan.



Sobre la puerta cerrada toma postura estudiada.



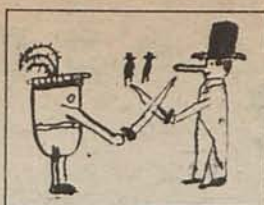
Con el ruido del motor se adormila el buen señor.



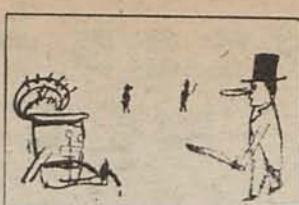
Y al llegar a «Tribunal» da un salto fenomenal. A. M.—Madrid.



Chapete y Pinocho se dan las tarjetas llenas de odio. Chapete piensa matar a Pinocho. Pinocho piensa matar a Chapete.



—¡Pinocho, que te retuerzo como un ocho!
—¡Chapete, que te doblo como un siete!
...y sigue la lucha.



De pronto un grito pone el corazón en un brete. Y es que ha caído el malvado Chapete.

JOSÉ LOBREGAL.—Alicante.



—Mi tiniente, por cada recazo que le hago me da una perra gorda.
—Pues el mio, por ca mandao m'atiza una patá.
—¡Pero eso no será siempre!
—No; algunas veces me da dos.

LUIS CALIZALVO.
Madrid.



—¡Ridiez, esto si qu'es negocio! Por dos pesetas 10.000 botellas de Jerez. Hasta puedo poner una tiendecita allá en mi pueblo.

FERNANDO GASCÓN.
Trece años. Madrid.

LOS REGALOS DE NOVIEMBRE

Sorteados los regalos de PINOCHO del mes de noviembre, han correspondido a los siguientes suscritores:

Primer premio. . . . 25 pesetas en dinero, a la Srta. Margarita Bolívar.—Santiago de Cuba.

Segundo premio. . . 15 pesetas en libros, a la Srta. Magdalena Datas.—Zamora.

Tercer premio. . . . 10 pesetas en libros, a D. Gregorio Loscertales.—Graus (Huesca).

Cuarto premio. . . . 5 pesetas en libros, a D. Antonio Ruiz de Reina.—Valparaíso.

Quinto premio. . . . 3 pesetas en libros, a la Srta. Pilar Martínez Repullés.—Madrid.

En estos sorteos entran todos los suscritores por un año, un semestre o un trimestre. Los números premiados corresponden a los de sus recibos de suscripción.

Para retirar los premios será necesario escribir a PINOCHO (Apartado 447.—Madrid), indicando el número del recibo de suscripción, la dirección completa del PINOCHISTA premiado e incluir un retrato del mismo, que se publicará en uno de los números subsiguientes de PINOCHO. El retrato debe ser suficientemente grande y claro para que se pueda reproducir bien. No se admiten, por tanto, retratos borrosos ni demasiado pequeños. Tampoco se admiten retratos en los que el Pinochista premiado esté con otras personas.

BOLETIN DE SUSCRICION A «PINOCHO»

El Pinochista D.

calle de núm. Pueblo

Provincia

se suscribe a

PINOCHO por ⁽¹⁾ { UN AÑO..... } cuyo importe de { veinte pesetas (ó 23 pesetas) (2).
UN SEMESTRE... } diez pesetas (ó 12 pesetas) } remite a la Adminis-
UN TRIMESTRE.. } cinco pesetas (ó 6 pesetas) }

tración de PINOCHO, calle de Valencia, 28 ⁽³⁾, en ⁽⁴⁾ También remite 1,50 pese-
tas ⁽⁵⁾ para gastos de envío, etc., de los regalos de suscriptor. En total remite pesetas.

(Fecha y firma.)

(1) Bórrase lo que no convenga.

(2) Los suscritores pueden recibir todos los números de su suscripción certificados, añadiendo tres pesetas al precio de suscripción por un año, o sea en total: 23 pesetas; dos al precio de semestre, o sea en total 12 pesetas, y una al precio de trimestre, o sea en total 6 pesetas.

(3) Para tener derecho a los regalos de suscriptor, hay que pagar la suscripción a la Administración directamente, o sea sin intermediarios.

(4) Giro Postal, valores declarados, cheque, sellos, etc. (Certifíquense las cartas con valores). Cuando sea Giro Postal indíquese quién y dónde lo ha impuesto.

(5) Este envío es facultativo. Quien no quiera los regalos no debe enviar esta cantidad de 1,50 pesetas, y debe tachar las palabras correspondientes.

LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

REGALOS GENERALES

1.º Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sólo entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).

2.º Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen celebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).

3.º Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.

4.º Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. Desde ahora sólo podrán tomar parte en estos concursos los suscritores por año, por semestre o por trimestre.

5.º Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. Desde ahora sólo los suscritores podrán enviar chistes, dibujos, cuentos, etc., para que se publiquen en PINOCHO.

Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores por un año; otros, para

los suscritores por un semestre; otros, para los suscritores por un trimestre. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten en el momento de hacer su suscripción. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

Si la suscripción es por un trimestre

1.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y con una rebaja del 25 por 100.

2.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

YA HAY EJEMPLARES

de los tomos siguientes de la imponderable **Serie Pinocho contra Chapete** (el mayor éxito editorial conocido), que estaban agotados:

Pinocho en la India.

Pinocho I el cigüeño.

Pinocho, domador.

Las jugarretas de Chapete.

Chapete en la isla de los muñecos.

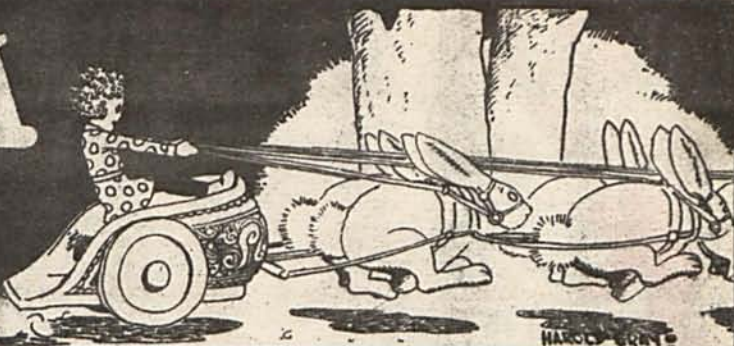
El nacimiento de Pinocho.

CADA TOMO 1,50 PESETAS

En todas las librerías y en Editorial «Saturnino Calleja», S. A. — Apartado 447 - Madrid, que los remite a toda España y América con solo pedirlos con su importe. Añádase al mismo 75 céntimos para gastos de envío certificado.

ANITA

BUEN-CORAZON



¡HE PENSADO UN NUEVO JUEGO PARA HACERLO CON PELUCHO! ¡PERO NECESITO UNA PELOTA ASÍ DE GRANDE!



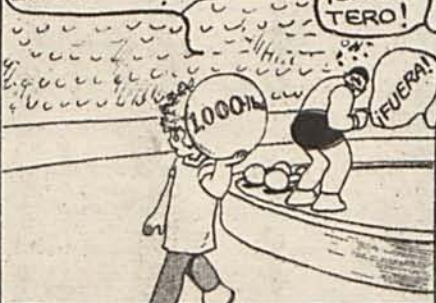
¡ESA, ESA ES LA PELOTA QUE YO NECESITO! ¡FUERTE, LIGERA Y DEL TAMAÑO QUE ME CONVIENE!



¡BUENO, COMO YA HA TERMINADO ME LA LLEVARÉ! ¡ESTO ES DE HOJA DE LATA Y NO PESA NADA!



¿QUÉ PASARÁ? ¿POR QUÉ SE REIRÁ TANTO LA GENTE?



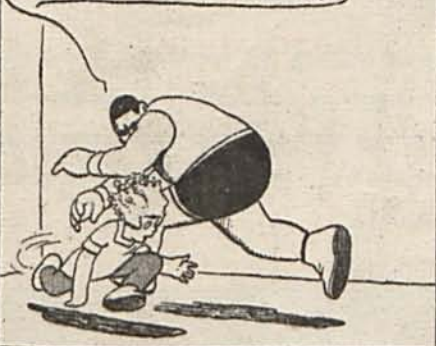
¡DE MODO QUE HAS VENIDO PARA HACERME QUEDAR EN RIDÍCULO! ¡AHORA TE DIRÉ YO LO QUE ES BUENO!



¡CARAY, COMO CORRE ESTE TIO TAN GORDO!



¡YA, YA TE ATRAPÉ!



¡CANASTOS! ¡ESTE TIO NO SE CANSA!



¡HA SIDO UNA BROMA! ¡ANDE, SEA USTED BUENO!

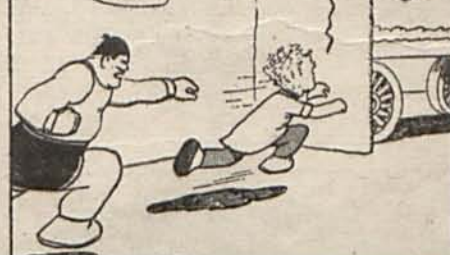


¡BRRR...!



¡ANDE USTED! ¡PERDÓNEME, QUE YA NO LO HARÉ MÁS!

¡DE VERAS! ¡YO NO LO HICE POR DESCUBRIR SU ENGAÑO!



¡PERO CONSTE QUE ES USTED UN TRAMPOSO! ¡SE LO DIGO A VOCES! ¡TRAMPOSO! ¿QUÉ PASA?



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1935, by The Chicago Tribune



Sección Pirula

CHARLAS DE PIRULA

*Bordados de
cinta.—¿Por qué*

diréis que a Toñita la enloquecen las cajas de bombones? «¡Tomal Pues por su contenido.»

¡Cuidado que sois mal pensadas! Cuando menos, os creéis que Toñita es tan golosa como... como vosotras y yo, pongo por caso.

Pues no se trata de eso; yo hablaba en serio, y aunque no niego que el comer bombones es una cosa muy seria, no son los bombones los que más entusiasman a Toñita, sino las cintas, esas cintas de seda, transparentes, estrechas, tenues, de suaves matices, a las cuales los franceses dan —ignoro por qué— el delicado nombre de *favores*.

Siempre que a la mamá o a las hermanas mayores de Toñita les regalan bombones, o cuando se compran papel de cartas, le dan a ellas las cintitas azules, rosas, malvas o amarillas; y Toñita va enrollando estas cintas alrededor de unos cartoncitos, y tiene ya de ellas una notable colección.

Pero no creáis que estas cintas, una vez cumplida su primera misión de anudar cajas de bombones o sobres, ya sólo sirven para que las grandes coleccionistas como Toñita las conserven preciosamente; son muy útiles para realizar finos bordados, rápidos y fáciles de ejecutar y de un efecto precioso, para trajes y gorros de nene pequeño; sobres de guantes o pañue-

los de batista o de tafetán, pantallas de mesilla, etc., etc.

En esta página os presento varios motivos propios para ser bordados con cintas; su reproducción requiere escasa ciencia; no importa que el dibujo sea algo torpe, pues cierta irregularidad en los cartones es, en este caso, una gracia más.

Los bordados de cintas suelen efectuarse en pequeños bastidores redondos, portátiles. Debe tenerse en cuenta que no son lavables, y por esto solamente convienen en prendas de color sufrido, o cuya limpieza se confía al quitamanchas.

Terminada la labor, se plancha por el revés con una plancha que no esté excesivamente caliente.



CONSEJOS DE PIRULA

Para los pies cansados y doloridos.—¡Pobre Marinita! Tan contenta como salió de excursión esta mañana con «su pandilla», y ahora vedla como vuelve: arrugadilla, con la cabeza gacha, arras-trando las piernas y disimulando, de vez en cuando, una muequecita de dolor.

Y no es que esté cansada, no; Marinita es fuerte y le gusta andar; pero con el calor y la marcha se le han hinchado los pies y le aprietan los zapatos.

Al volver a casa se quitará los zapatitos, y, sin embargo, los pies le seguirán doliendo y abrasando; lo que conviene hacer en estos casos, tan frecuentes, es meter los pies en un baño de tila caliente. El alivio es inmediato y completo.

